

CARTAPACIO



¿PERO QUÉ C... PASA AQUÍ? (PANFLETO CONSCIENTE Y CONSECUENTE)

Ignacio García May



Que alguien, por favor, me lo explique: ¿cómo puede ser que esa generación de pelmas cincuentones que hizo carrera a base del Mayo Francés y de las “manis frente a los grises”, le tenga ahora tanta tirria a los jóvenes precisamente por no dejarse domesticar? ¿Cómo es posible que los mismos tipos que en los sesenta y los setenta adoraban el *Brown sugar* de los Rolling y la *Cocaine* de J.J. Cale (y que eran tan cutres como para colgarse con una mezcla de *optalidon* y whisky Dyc y encima presumir de ello) anden tan preocupados por el botellón? ¿Por qué a los adalides del amor libre y del “flower power” les asusta que haya máquinas de preservativos en los institutos? ¿Y por qué estos anarcas de la cultura insisten tanto en que los jóvenes de hoy son unos incultos?

¿Por qué, en suma, no hay periódico ni telediario ni tertulia (todas ellas bajo control de la generación mencionada) que no se dedique, estos días, a demostrarnos lo mala que es la juventud, todos drogadictos, borrachos, vagos, ignaros, lerdos? Conste que, a mis treinta y seis años, y con la dignidad, el porte y la respetabilidad social que le confiere a uno ser funcionario del Estado, no me considero ya miembro del grupo aludido. O expresado con mayor claridad, mi etiquetita de autor joven ha caducado ya (como joven y, probablemente, también como autor) y además creo firmemente que es responsabilidad de cada cual defenderse de los que le atacan. Pero, dicho con finura, empiezo a padecer una notable elefantiasis testicular ante tan hipócrita e injusto linchamiento mediático.

Como docente he aprendido una sola cosa importante: es cierto que la mayoría de los jóvenes que llegan a clase hoy lo hacen con in-

CARTAPACIO



Luis García-Araus.

mensas lagunas educativas impensables años atrás; pero también lo es que esa misma mayoría está más que dispuesta a sumergirse en el conocimiento a poco que uno les muestre el camino y sin que apenas cueste empujarles. ¿A qué viene entonces acusarles a ellos de lo que, en rigor, es una negligencia escandalosamente obvia de sus mayores? ¿Jóvenes incultos? ¿Jóvenes incapaces de leer y obsesionados únicamente con sus ordenadores? Bien, aprovechando que no soy joven y me lo puedo permitir, diré aquí con muchísimas ganas que las 25.000 (¡Nada menos!) novedades editoriales que se publican en nuestro país cada año se bastan por sí solas para retirarle a uno el placer de la lectura y fomentar el suicidio colectivo. Acaba uno entendiendo aquella famosa frase de Goering según la cual

CARTAPACIO

“cuando oigo hablar de cultura saco mi pistola” que probablemente pronunció después de leer un libro de Lucía Etxebarria o de Andrés Trapiello. No me cabe duda de que el mundo informático es, en este momento, infinitamente más interesante que ese bluff monstruoso conocido como industria editorial. Así pues, ¿están tan equivocados los jóvenes? ¿Y qué hay del botellón? “Nosotros nos emborrachábamos y nos drogábamos”, declaran algunos de estos memos sesenta y ochistas, “pero era otra cosa: ¡teníamos ideales!”. ¡Ahí nomás! La borrachera con ideales está pues admitida socialmente, con lo cual, en vez de meterse el vinorro en la Plaza Mayor ante las narices del alcalde basta hacerlo con un poster del Che o una foto porno de Simone de Beauvoire pegados a la frente para poder irse a casa con el deber cumplido. ¡Hay vomitonas y vomitonas, señores! ¡Hay cólicos etílicos y comas etílicos, camaradas! Pero, ¿qué se puede esperar cuando hasta el mismísimo Mick Jagger se ha pasado hace ya tiempo al agüita mineral sin gas, al gimnasio de diseño y a la mierda de la comida macrobiótica? Para estos maoístas reconvertidos por Ikea, lo preocupante no es que los chavales le den al vino, sino que lo hagan con tinto Don Simón y no con Marqués de Riscal, que queda bien en todas las mesas.

Estos jóvenes, no mejores que otros, pero tampoco, y ésta es la cuestión, peores, buscan lo mismo que todos: su lugar en una sociedad diseñada sin contar con ellos. Así es la historia, así ha sido siempre. Acaso la diferencia fundamental sea que a estos no les ha engañado un dictador, ni un tirano, ni una religión, sino una sucesión de gobiernos travestidos de progresismo que salieron rana y que quedaron al descubierto en cuanto les pusieron el coche oficial a la puerta de casa. Y no sólo aquí, sino en toda Europa. Aquellos hippies de los setenta, tras pasar por Llongueras, Emporio Armani y el Hollyday Inn, emergieron mágicamente transformados en directores generales de algo, en demócratas de toda la vida monárquico-socialistas con chalet a las afueras, en recios defensores del pragmatismo. ¿Buscar playas bajo los adoquines? ¡Anda ya! Lo importante es leerse el suplemento bursátil de *El País* con sus paginitas color salmón (que es un color que usan también mucho para las camisas), cenar en un restaurante japonés y pasarse luego un ratito por

CARTAPACIO

ARCO a comprar alguna instalación iraní para poner en el despacho. Su inteligentísima política, unida al cariñoso respeto y confianza demostrados a las generaciones jóvenes, (o acaso al miedo de que el cambio generacional les hiciera perder las prebendas *honestamente* adquiridas) dio como resultado esa elección que no consiste en ser o no ser, sino en ir al paro o conformarse con un contrato basura.

En este contexto surge la obra que hoy les presentamos aquí, para que luego digan que el teatro no conecta con la realidad social. Una obra sobre la experiencia favorita de esos jóvenes tan malos, tan borrachos, tan drogadictos, tan asquerosos e iletrados, que es la de buscar trabajo y averiguar que no lo hay. Y descubrir, de paso, que “el mejor de los mundos posibles” es, en realidad, una porquería de mundo. Una obra que se llama *Como cerdos* porque así es como les toca vivir a los protagonistas, instalados en una mera supervivencia que no deja lugar a ejercicios intelectualoides. Ahí tienen ustedes, amigos y camaradas, a esa juventud maligna que tanto les preocupa; y vaya si son malos, ¡uy, uy, uy, terribles!: montan un negocio ilegal en un local que no les pertenece para poder comer ellos dando de comer a otros. Consumen sustancias prohibidas y hasta se montan un peep-show. Un asco, vamos. ¡Ay, si hubieran ido a *Operación Triunfo*! ¡Serían, entonces, jóvenes ejemplares y queridos por todos! ¡Otro gallo les cantara! (U otra gallina, que es animal de importancia en esta obra)

Afortunadamente, el autor de *Como cerdos*, Luis García-Araus, nos cuenta esta historia desde la risa, que es la única arma por la que no hay que pagar nada. Y así, la obra no es panfletaria, como esta introducción, (pero que conste que ya lo he declarado en el título), sino divertida y dolorosa, como la vida misma, vaya. Hay quien la compara, por su temática y por su sentido del humor, con *Full Monty*, porque en esto del arte ya saben ustedes que se compara mucho, pero *Como cerdos* se inscribe en una iconoclastia, o dicho en plata, en un sentido de la juerga y el cachondeo, inconfundiblemente español. Luis, que es más joven que yo, pero tampoco es un rorro, no se corresponde mucho con la imagen de esos botelloneros iletrados de los que antes hablaba: no digo yo que no beba (que seguro que sí; y además fuma

CARTAPACIO

Bisonte, lo cual le convierte en un tipo más duro que los de la *Delta Force*) pero las bromitas que nos cruzamos entre nosotros tienen como protagonista a Stendhal, que no es precisamente una marca de cerveza. También es obvio que no se viste como Alejandro Agag, (¡Dios Santo, qué apellido!) pero en mi opinión su melena y su barba le dan más un aspecto taciturno de celta cíntrico que de estudiante con pancarta.

En suma, tengo la impresión de que Luis está tan fuera de ese grupo de jóvenes perversos, borrachos, ignorantes y etc., etc. como yo mismo, y otros textos suyos como *Higiene de los recuerdos* hablan de un autor maduro (perdona, Luis) y reflexivo. Pero, vamos a ver, ¿es que a estas alturas no ha quedado claro que esos jóvenes borrachos y drogadictos y otra vez etc., etc., no son más que una estúpida invención, una simplificación tramposa, la excusa que el neoconservadurismo (de derechas y de izquierdas) estaba necesitando para tender sus redes de siempre? ¿Para qué escribe uno panfletos si no es para dejar las cosas claras? ¿Pero qué c¹... pasa aquí?

¹ La enigmática "C" del título se corresponde con diversas expresiones del madrileño clásico. La utilización de los puntos suspensivos no se debe a ningún acto pudoroso por parte del autor, sino a la formulación de un juego de intertextualización a la moda que permite al lector inteligente identificar la "C" con la interjección que considere adecuada.

CARTAPACIO



... COMO CERDOS..., DE LUIS GARCÍA-ARAUS

Emilio del Valle



Poco antes de las navidades de 2001 le propuse a Luis la locura de escribir en poco más de seis semanas un acercamiento textual a un tema que me rondaba por la cabeza desde hacía tiempo: el parado y el cerdo como metáfora del parado, en tanto que ser cebado para su posterior consumo.

No era mucho material. Tampoco se lo propuse al más tonto de la clase:

... como cerdos /... como cerdos... /como cerdos...

Título con el que identificamos a una suerte de mamíferos con una especie que nos es muy propia: El cerdo ibérico. No. No es que pensemos que somos unos cerdos, que no nos lavamos. El principio activo es otro. En esta época en la que el famoso axioma “España va bien” ha calado profundamente, una serie de hombres y mujeres llegan a la conclusión de que para el *Estado del Capital* no son otra cosa que cerdos, bien cebados para mayor gloria de los apetitos educadísimos de aquellos que, de una u otra manera, nos van a comer

- los jamones en forma de plusvalías excesivas,
- las chuletas (de Sajonia o no) en forma de horas extra que no se pagan,
- los chorizos en forma de contratos basura,
- las morcillas (de Burgos o extremeñas) en forma de paro atemorizador

y un largo etc. que vamos desarrollando en un proceso de creación que no tiene otro propósito que el de reflexionar *sobre el paro*, esa especie de *barbecho* al que nos somete el sistema de forma

CARTAPACIO

periódica, y asumida por una masa social que ha perdido la capacidad crítica por la inmediatez de *salir adelante*, permaneciendo

- al margen de las grandes decisiones que nos afectan, como autistas,
- pegados a la televisión creyéndonos lo que nos cuentan, como tontos,
- despiertos sin horizontes de pasar el día, como ausentes,
- dormidos entre sueños imposibles, como niños,
- reclutados en ciudades dormitorio, como presos,
- cebados por las manos que nos comen, como cerdos.

Desde un principio, Luis aceptó el envite de escribir para poner su material en manos de actores, profesores y director que lo podían machacar, triturar, extinguir... eso sí, con el autor delante y en franco —con perdón— y abierto debate.

Así pues a finales de enero tenía en mis manos un ramillete de cuatro monólogos —magníficos, créanme— y cinco escenas desiguales, tal y como analizamos el autor y servidor.

No importaba.

Era material más que suficiente para ponerse en marcha con un proyecto de creación, si no “colectiva”, sí compartida, sobre un texto de autor. Teníamos tres meses a nuestra disposición para vivir una experiencia dura, pero muy gratificante.

Se pusieron en marcha tres talleres de creación simultáneos coordinados por Carolina Solas y dirigidos por Antonio Llopis, Alfonso Romera y yo mismo. En estos talleres el equipo de actores del reparto estuvo acompañado por otros actores, todos profesionales, intentando crear la sensación de trabajar para nosotros y no para un estreno y queriendo, por tanto, huir de la tensión que produce el acercamiento al día fatídico del *estreno* en los procesos habituales de ensayo. He de decir, para ser honestos, que esto no se consiguió. Naturalmente, durante un tiempo nos engañamos. Pero no. Al final la idea del *estreno* se impuso como una necesidad, y con ello se reprodujeron todos los comportamientos normales en estos casos.

Visto desde la distancia, nada de lo expuesto hasta aquí me parece mal. Al contrario. Probablemente la presión del estreno es necesaria y motoriza energías fundamentales para la creación

CARTAPACIO

teatral, posiblemente porque el teatro es representación, y esto sólo ocurre ante alguien.

No sería justo con un proceso difícil como el que vivimos si no reflejase algunas cuestiones que rescato con sensación de victoria y no de derrota.

Por ejemplo, el funcionamiento de los talleres de creación en paralelo a los ensayos relajó a los actores, potenció nuestra energía y generó ideas para la puesta en escena y para la creación de los personajes. Sería muy curioso que el propio Luis nos contara cómo se sintió participando en el taller de transformaciones de Antonio Llopis como uno más, rodeado de los actores con los que discutía y trabajaba a diario, y junto a este servidor al que tuvo que aguantar durante interminables horas de quejas...

Rescatemos, por qué no, la discusión sobre el texto, o sobre el propio proceso de trabajo, a la que estuvimos sometidos todos. Esta discusión, que debiera ser natural a un proceso de trabajo creativo en el que participan varios creadores, se convirtió en agria y dura en muchos momentos por una estúpida falta de costumbre de esta profesión de egos disparatados y jerarquías absurdas que sólo pretenden la perpetuación de un *poder ridículo* que, en la mayoría de los casos es, si no sospechoso, sí, y siempre, inquisitorial. Fue duro y esclarecedor.

Entre ensayos, clases, improvisaciones, discusiones, charlas, cervezas, opiniones y abuelos —ensayamos en el salón de actos de un geriátrico amablemente cedido por la Gran Residencia de PP MM de Carabanchel— Luis, cabreado y humilde, amable y humilde, soberbio y humilde, implicado y humilde, humilde, siempre humilde, supo hacer de su capa un sayo bien grande en el que cupimos todos. Las escenas, desiguales en principio, fueron ganando en fondo y forma.

Rectificó, rectificó y volvió a rectificar, tanto que nos volvimos locos... de contentos. Al final prevaleció esa rara habilidad de este autor capaz de convertir lo cotidiano en teatral a través de unos diálogos que a priori parecen sencillos, pero que se convierten en endiablados cuando el actor los tiene que *decir*.

Imagino los malos ratos que ha pasado EL AUTOR observando cómo un equipo de “creadores” cuestionaba una coma, un acento,

CARTAPACIO

un punto, una palabra, frase o concepto, desde la primera lectura al último ensayo, por más que formase parte del pacto de trabajo oral suscrito por EL AUTOR y quien esto escribe.

Por el contrario, también imagino y sé los muchos y buenos momentos que este equipo de “tarados” de Producciones Inconstantes Teatro le hemos hecho pasar al bueno de Luis.

Ahora recuerdo esta aventura en un racimo de imágenes que os desvelo sin que lo sepan sus protagonistas:

—Una mañana, en nuestro entorno más común, la cafetería de la RESAD, le hago a Luis un encargo de escritura dramática remunerado. Por la cara que puso intuí que no se lo podía creer.

—Pocos días después Luis me reconoce, en el mismo entorno común, que ha intentado una aventura parecida en otra ocasión y que no salió bien. Por ello es escéptico. Pero está animado.

—Recuerdo cómo surgió la situación de la segunda escena en la que César le replica a Manuel: “¿Un huevo? Y un huevo. La gallina Turuleta ha puesto un huevo y se jodió la puta canción. ¿No ves que no pone?”. Esta situación, que se retoma más tarde, nace de un diálogo de besugos, entre Luis y yo, dos besugos, una noche de desesperación en mi casa en la que no sabíamos por dónde seguir. Nunca los aproximadamente 1.300 espectadores que tuvo la función en Madrid se han reído tanto como lo hicimos nosotros aquella noche.

—Creo que no vamos a olvidar las sesiones de terapia y consejo de Antonio Llopis, un sabio desaprovechado.

—Probablemente tampoco olvidaremos las sesiones de trabajo y cerveza con José Pedro Carrión.

—¿Y la primera vez que vimos la video-creación de Jorge?

—Y...

Por todos estos momentos, por el esfuerzo generoso y la implicación en mi sueño, quiero agradecer a Luis su presencia y su trabajo. Me siento muy honrado. Sin él nada hubiera sido igual, claro: no habiéramos tenido este texto...

CARTAPACIO

■ RELACIÓN DE OBRAS ESTRENADAS

Como cerdos, por la compañía Producciones Inconstantes, dirigida por Emilio del Valle (Sala Cuarta Pared, Madrid, 12-IX-2001).

Higiene de los recuerdos, dirigida por Carlos Manzanares (Sala García Lorca, RESAD, Madrid, 18-VI-2001. Segunda versión en la Sala Triángulo, Madrid, 5 de febrero de 2002).

Recinto Hipermercadero, por el grupo La Maschera, dirigida por Carlos Manzanares (Teatro Valle-Inclán, RESAD, Madrid, 18-XI-1999).

Paridad, por el grupo Buhardilla. (Rectorado de la Universidad Politécnica de Madrid, 16-III-1999. Reestreno en el Teatro Valle-Inclán de la RESAD, Madrid, 17-XI-1999).

Muñecos, por el grupo Matadero Tr3s Teatro, dirigida por Carlos Manzanares (Centro sociocultural Mariano Muñoz, Madrid, 22-XI-1997). Estreno de la segunda versión en la Sala La Asociación, Madrid, 23-X-1998. Estreno de la tercera versión en el Teatro de las Aguas, Madrid, 20-III-1999).

Dile adiós al tren, montaje en preparación por el Grupo Mayombe de la Universidade Federal de Minas Gerais, Belo Horizonte, Minas Gerais, Brasil.

Lecturas dramatizadas:

La secta. Programada para el 22 de abril en el Ciclo de Lecturas Dramatizadas de la SGAE.

La identidad de Fulano. Asociación cultural Matadero Tr3s Teatro, Madrid, julio de 2000.

Refugio: definición. Asociación Cultural Matadero Tr3s Teatro, Madrid, julio de 1997.

Publicaciones:

La secta. Dentro del volumen *Piezas Breves. Curso 2000/2001*. Publicaciones de LA RESAD/Ed. Fundamentos, Madrid, 2001.

Recinto Hipermercadero. Premio *Textos de Teatro Breve* del VIII Certamen de Artes Plásticas de la Universidad Popular de Torrejón de Ardoz 1998. Publicado en el volumen *Obras premiadas* por el Ayuntamiento de Torrejón de Ardoz, Madrid, 2000
